

CARTA DE LA PRESIDENTA

*Amo el canto del cenizote,
pájaro de cuatrocientas voces,
amo el color del jade
y el enervante perfume de las flores,
pero más amo a mi hermano
el hombre.*

Nezahualcōyotl

Una profunda ilusión me ha dado leer este boletín. Cada autor, desde su propio interés hace un recuento formidable de su visión de los pájaros. Cada sede de la Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca aporta un canto emotivo sobre las aves y, en su conjunto, logra un concierto armonioso: los pericos, las águilas, los halcones, las huracas, los guacamayos, el Martín Pescador, los tucanes pico iris...

¿Quién dice que las aves son exclusivas de una disciplina? Este boletín es un ejemplo de que la diversidad enriquece, de que los diferentes puntos de vista dignifican la visión del mundo y que, al trabajar en colaboración, el resultado es multiplicador, porque el sonido de un instrumento musical se armoniza mejor en una sinfonía.

Los autores tienen algo en común: son personas constructivas, capaces de mirar la belleza en el más mínimo detalle, logran escuchar los sonidos más hermosos y profundos, son sensibles al arte, a la lectura, la ciencia y la naturaleza. Me emociona saber que trabajan bajo el cobijo de la Fundación, esta familia que, mientras camina, esparce su amor, como el canto matutino del cenizote, haciendo vibrar los corazones de cientos de personas dispuestas a construir un país más humano, generoso y equitativo.

Una enseñanza surge de todo esto: la inspiración habrá que buscarla en el comportamiento de la naturaleza, ahí encontraremos las respuestas del ser humano.

Esta edición digital ha sido cuidada con esmero. Cada fotografía ha sido pensada, meditada; cada letra armoniza en el espacio; las palabras son elocuentes, el diseño, equilibrado; los temas diversos, dinámicos, interesantes, compaginados. Nos recuerdan que desde el encierro hay posibilidades de alzar las alas, volar con la imaginación a través de las letras y las palabras. ¡Benditos libros! ¡Bendita la escritura!

Los sueños son reales, lo leo en estas páginas. Me emociono en la distancia, también—debo reconocerlo— en la melancolía y en la añoranza de la otra vida, antes del confinamiento. Extraño a cada uno de ustedes, a mis rincones consentidos, que hacen mi vida plena, libre y feliz. Volveremos renovados, así lo expresan estas páginas, dispuestos a encontrar las plumas metálicas de un colibrí, como si fuera un arcoiris que uniera el cielo con la tierra. Seremos más sensibles y valoraremos más la vida. ¡Seguiremos adelante!

Gracias a todos por su participación, por hacer que su vuelo llegue a los corazones de los lectores.

María Isabel Grañén Porrúa

Junio 2020

EDITORIAL

Este es un número especial del Boletín FAHHO porque las condiciones que vive el mundo son excepcionales. Estamos pasando por un paréntesis en la vida, no solo nuestra, sino del planeta, queremos invitarlos a dirigir nuestra mirada hacia otra parte: a la naturaleza. El encierro le ha permitido manifestarse de diferentes maneras, así, vemos delfines en Venecia, venados y osos caminando por las calles desiertas y jabalíes olfateando las grandes avenidas. Al bajar la actividad humana—y por lo tanto el ruido urbano—, los animales han recobrado confianza y curiosean en lugares adonde no se atrevían a pasar. En Oaxaca, las escenas de cientos, si no es que miles, de delfines que se acercan a la costa son totalmente insólitas. Llegó el COVID-19, y con él también llegó la posibilidad de ser más conscientes del canto de los pájaros. Esta primavera, como ninguna otra, hemos podido apreciarlo con ahínco. Los pájaros nos iluminan el día y nos enseñan la hermosura de la comunicación entre ellos. Las aves, a lo largo de la historia de la humanidad, nos han dado cobijo y sustento, se les ha relacionado con la libertad, la independencia, la esperanza, la paz, lo divino, la fertilidad, la abundancia y un largo etcétera. Es por ello que en el Boletín FAHHO, por primera vez, hemos decidido voltear todos hacia el tema de las aves. Cada institución, desde su propio quehacer, ha estado vinculada de una u otra manera a estos seres enigmáticos que alegran nuestras vidas. Cada una tiene historias que contar para ayudarnos a voltear hacia un lugar esperanzador.

Verónica Loera y Chávez

ADABI DE MÉXICO

AVES, SONIDOS Y SILENCIOS

Juan Manuel Herrera

Una experiencia inédita en el mundo, actualmente, es que miles de millones de personas están bajo la protección de las paredes de sus casas, ante el peligro de contagio del COVID-19 en las calles. Al detenerse la frenética actividad urbana, uno de los aspectos más notorios—como parte de un proceso global, único e inesperado de limpieza ambiental— es lo que escuchamos y lo que dejamos de oír. A la manera de un eclipse total de sol, cuando podemos ver y los astrónomos estudiar al astro solar, al ocultarse los ruidos cotidianos de manera brusca y gratificante, quedan algunos residuos del ruido en una descomunal proporción y destacan los sonidos que, aunque estén presentes siempre, solo ahora podemos apreciar de una manera plena y, sobre todo, el silencio aparece con gran fuerza expresiva.

Gracias al Dr. Hira de Gortari recibí un regalo: un cuestionario que forma parte de un proyecto más amplio de la Dra. Jimena de Gortari Ludlow, el *Diario Sonoro* (Universidad Iberoamericana). Después de contestarlo y reenviarlo a muchas personas en mi directorio empecé a registrar sonidos y silencios durante marzo, abril y mayo. Vale decir que por ser melómano y, sin vanagloria, educado en el terreno de la música, disfruto y dedico mucho tiempo a escucharla, especialmente música antigua y clásica. En consecuencia, soy muy sensible al tema del ruido. Tiende uno a creer que el ruido es insoportable, como la contaminación del aire es irrespirable. La verdad es que, tristemente,

soportamos una realidad degradante en la calidad acústica de la vida en las ciudades, por así decir, y más evidentemente en la pésima e insalubre calidad del aire. Desde tiempo atrás he estado interesado en el fenómeno de la contaminación acústica en la Ciudad de México; por experiencia y en contraste con otras muchas ciudades en el mundo, y gracias a la propia Dra. Jimena de Gortari y a la Dra. Alejandra Moreno Toscano, sabemos que el ruido contaminante es un problema realmente grave en nuestra ciudad. Medir y entender la contaminación acústica; legislar y actuar, por parte de las autoridades, son pasos de un complejo proceso para buscar mejorar la vida en nuestras ciudades, proceso en el que todo ciudadano tiene mucho que aportar. Por añadidura, trabajé por décadas en el Centro Histórico, así que tengo noticia directa y personal de los excesos y de las peores prácticas comerciales, de movilidad y del ciudadano de a pie, que producen un ruido constante y ominoso. Recuerdo haber escuchado a la Dra. Moreno Toscano referir que, a ciertas horas, en una época en las calles de Correo Mayor, con miles de comerciantes ambulantes y una masa compacta de transeúntes (Cannetti), el ruido era equiparable al de las pistas del aeropuerto. No sé si es una metáfora. Dicebale al por mayor, en cualquier caso. He desarrollado, inconscientemente, cierta habilidad para abstraerme del ruido—acaso todos lo hacen, pues sería insoportable de otra manera— y muchas veces logro aislar sus efectos perniciosos.

Vecino de la colonia Roma desde hace casi treinta años, tengo una es-



cala improvisada, pero con un buen margen de aproximación, para relacionar los ruidos y sonidos usuales, diríamos, con lo que ocurre en las últimas semanas a partir del confinamiento al que nos tiene obligados la pandemia de coronavirus.

Casi todos los sonidos que continúan escuchándose han modificado su presencia, volumen y regularidad. Están espaciados y algunos que eran constantes ahora parecen un eco lejano. Desde luego, los horarios son muy importantes. Acostumbro despertar muy temprano (vieja y disfrutable rutina de leer antes del amanecer) así que estoy atento el día completo a este fenómeno sonoro del entorno.

Doy por descontado, por el momento, los sonidos intramuros, domésticos, así como los de la música que escucho en un equipo de audio o de un instrumento musical, pues al tener concertista en casa, puedo agradecer a todos los dioses del Olimpo poder escuchar a distintas horas a Bach, Couperin, Purcell, Haendel y un largo etcétera de grandes compositores. Ya en estas obras un adivino algún trino de aves que surcaron el aire y la imaginación de aquellos compositores.

Entre los sonidos de la Colonia Roma en estos días aciagos debo empezar a nombrarlos en ese mismo terreno, el musical: el tañido de las campanas de la Sagrada Familia, la iglesia en las calles de Orizaba y Puebla. Es un sonido de una gran pureza, afinado y limpio, que suena en horas bien establecidas, el toque de alba, el ángelus, etc., ahora silenciosos. Este sonido fue muy pronto apagado al cancelarse los servicios religiosos.

El cencerro del camión de la basura está emparentado con aquellas campanas, y asumo que cada uno de los empleados de limpieza tiene su estilo para hacer su perentorio llamado.

Desde niño, he escuchado pregones y vendedores que voccean sus productos y servicios. Casi todos han desaparecido, pero quedan algunos. Recuerdo con especial gusto al pajarero, cuyo primer asombro era una suerte de equilibrio imposible por la alta torre de jaulas que parecía llegar al cielo. Vi en Tulancingo, hace algunos años, un espectáculo singular: un

grupo de pajareros cerca del mercado y los cantos cruzados creaban una atmósfera irreal que por un momento apagaba el resto de los sonidos al derredor.

En estos días he escuchado una sola vez la flauta de pan del afinador, como al final es, a su manera, música de ocasión, aunque siga un patrón repetitivo, el afinador forma parte de la familia de los sonidos musicales de la ciudad, que imita de cierta forma las escalas de los pájaros. Escuché con gran gusto, una tarde, a un trompetista, afinado y talentoso. Gracias al silencio casi absoluto a su alrededor, la pieza de metal sonaba con mucha fuerza y claridad. He escuchado también, una sola vez, en domingo, una banda oaxaqueña que seguramente caminaba por una calle cercana, pues se escuchaba apagada, como con sordina. Un pasaje melódico hermoso, resultado de la hábil destreza de los alientos oaxaqueños.

Por su parte, una sola vez he escuchado el silbato inconfundible del carrito (un horno rodante) donde se preparan plátanos y camotes.

Muy de vez en vez escucho a niños jugando a la pelota o corriendo en el patio central del viejo y hermoso edificio en el que vivo (que data de 1917). Solo en dos de diez casas hay niños. Así que es tan tranquilo como habitualmente.

En el aire he escuchado, en estas semanas, muy pocos aviones y un helicóptero que da vueltas como mosca gigante. Este, muy cercano—quizá por el edificio con helipuerto de la glorieta de Insurgentes— y aquellos solo en un rumor mustio. Como no hay tráfico a ninguna hora, es realmente esporádico y fugaz el ruido automotor. He escuchado una vez el llamado, desde una patrulla, a quedarse en casa como mensaje de salud pública; en cambio, están muy presentes las sirenas de las ambulancias. No tanto como en el sismo de 1985, pero sí en forma creciente y a todas horas.

Hay sorpresa en ciertos ruidos aislados. Un sonido metálico, un misterioso y lejano ruido difícil de identificar, algunas voces. Pese a vivir en una privada, la notable arquitectura del edificio (obra de los ingenieros Armando Santa Cruz y Benito Ortiz y Córdova) contiene y guarda muy bien